Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, septiembre-diciembre, 2024, vol. 30, nº 104
NIPO: 147-24-021-5 | ISSN: 1578-8334 | https://avisos.realbiblioteca.es

María Muñoz Benavent
El recetario napolitano del cardenal Granvelle
Valencia, Tirant Humanidades, 2024

Pablo Andrés Escapa
Real Biblioteca de Palacio. Patrimonio Nacional
pablo.andres@patrimonionacional.es

La recuperación de las obras de Teofrasto y de Dioscórides en ediciones tanto latinas como en lengua vulgar a lo largo del siglo XVI, alumbró una vocación sin precedentes en Europa por los estudios botánicos. Y, en armonía con el interés científico por las plantas y sus remedios aplicados a la salud, fue creciendo entre la nobleza y la burguesía más acomodada el afán de cultivar jardines. Disponer de una biblioteca, como mantener un *hortus sanitatis* –y la salud de ese jardín era también anímica porque regalaba encuentros, paseos y conversaciones con amigos y parientes–, acabaría siendo un deliberado signo de prestigio y un adorno del espíritu en el ideario del hombre culto del Renacimiento. El cardenal Granvelle no fue una excepción a esta voluntad y su interés por cultivar plantas tanto medicinales como de uso culinario dejó una reiterada huella en su correspondencia: el acopio de esquejes y semillas, árboles y hierbas, injertos –más frecuentemente mencionados como púas en las cartas– y plantas «belle e rare» (RB II/2188, f. 42r) es una ocupación cotidiana de su pensamiento. Ni siquiera la exigencia de sus labores como negociador de las paces con Francia en Cateau-Cambrésis le apartó de sus proyectos hortícolas: desde allí escribió a Juan Antonio de Tassis con instrucciones precisas que afectaban no solo a la selección de lo encargado sino a su mejor transporte para que injertos y plantones no se dañasen en su camino desde Italia a Bruselas:

> La caxuela de los insertos que v. m. me ha embiado se ha recebido por mí en Brusselas y aquí he visto la memoria de los que en ella venían, pero havrán ya llegado tarde

> para este año, que se ha adelantado la sazón mucho más de lo que suele. Para el que viene recebiré merced que v. m. me mande embiar otros conforme a su lista, de que va una copia con esta, y ahún de otras suertes de fruttales si más se pudieren haver, pero que vengan temprano haziéndolos cortar por el mes de enero o a la fin de deziembre, y puestos en barro como los que v. m. me ha embiado agora y no en miel, como hazen algunos, la qual, con su calor excessivo les roe y consume la virtud. (Cambresi, 3-IV-1559, RB II/2306, f. 230r-v).

Italia fue el semillero primordial de los jardines y huertos de Granvelle, tanto del urbano que tenía en Bruselas como del de su casa de campo en Cantecroy, un espacio, este último, que le sirvió también como *locus amoenus* al que retirarse y en el que satisfacer los ideales de la gran literatura bucólica que había leído en Virgilio, Horacio y Catón. Años de cultivo de la tierra y de la sensibilidad lectora le llevaron a ser un agricultor minucioso que, en su búsqueda de lo raro y lo excelente, llegó a recurrir al vivero de un jardín particular de Padua, el que Pietro Bembo había dispuesto como adorno del palacio Camerini. Granvelle había estudiado leyes en aquella universidad, y dos décadas más tarde, en 1558, no había olvidado que la «huerta del Bembo» le podía procurar un plátano y unas púas del mismo árbol para intentar su cultivo en Bruselas (cfr. II/2261, f. 2r). El cardenal ya había hecho sus oficios para disponer, que sepamos al menos por su correspondencia, de trébol, hinojo, cebollas, melones, coliflor, alcachofas, manzanos, naranjos, limoneros y hasta una higuera de la India (RB II/2210, f. 204r). Sus afanes como agricultor alcanzaron también a querer dominar la ciencia del cultivo de frutales enanos, para lo cual requirió los servicios de Juan Zapata en Nápoles, al que solicitó lo siguiente un 18 de noviembre de 1558:

> Yo he entendido que ay en Castel Novo hay uno que sabe hazer que los árboles como naranjos, limones, membrillos, higueras y otras suertes queden enanos y pequeños. Suplico a v. m. procure por todas las vías que se pudiere de entender el secreto dello y avisármelo particularmente… (RB II/2304, f. 250r).

Tal era su interés que apenas cuatro días antes, había implicado a Marco Antonio Patanella, el ecónomo de Milán, en la misma indagación (RB II/2304, f. 241r).

Junto a los vaivenes de plantones y semillas aparecen también alusiones a recetas medicinales en la correspondencia del cardenal aplicadas a sanar del mal de «morroie» (hemorroides, RB II/2272, f. 94r-v), a restaurar «los hoyos de las viruelas» (RB II/2258, f. 94r) y a hacerse con «agua de los dientes» (RB II/2281, f. 175v).

Por último, sabemos gracias a una carta que Tomás de Zornoza, cónsul en Venecia, envió a Granvelle en marzo de 1554, que el cardenal recibió un ejemplar del *Dioscórides* corregido y aumentado por Pietro Andrea Mattioli, un hombre que se había ocupado también de mantener el jardín del cardenal Bernardo Clesio, heredado después por el cardenal Cristoforo Madruzzo. La edición veneciana que recibió Granvelle por expreso deseo de Mattioli, incluía las ilustraciones de Giorgio Liberale da Udine y suponía la mejor versión que pudiera leerse hasta la fecha de la *medica materia* de Pedacio Dioscórides, una copiosa enciclopedia para todos los amantes de la medicina natural (cfr. RB II/2251, f. 198r-199v).

En este contexto de vida cotidiana en el que el cultivo de un huerto, la lectura de obras botánicas con sus obligadas aplicaciones médicas y el intercambio de remedios para

diversas dolencias son hábitos comunes, debe entenderse la existencia de una recopilación manuscrita de recetas curativas, compuesta en la segunda mitad del XVI, como es el «Libro de secretis» que acaba de editar la doctora María Muñoz Benavente. El manuscrito original se conserva en la Real Biblioteca con signatura II/657 y la edición, la primera de este testimonio, reúne ciento sesenta y nueve rectas en cuatro lenguas: ciento tres en italiano, cuarenta y tres en español, veintidós en latín y una en francés.

La edición del texto viene precedida por un examen breve pero valioso –la autora renuncia a ser exhaustiva en su revisión– de la bibliografía más reciente dedicada al estudio de recetarios, libros de secretos y otras manifestaciones escritas relacionadas con la ciencia y la salud en la Edad Media y el Renacimiento. El interés de estas publicaciones, se nos advierte, no se limita a una necesaria recuperación de los textos sino que sirve para poner en valor «un patrimonio natural de primera magnitud en cuanto a las plantas, sus propiedades y los términos para nombrarlas» (p. 11). Por otra parte, el rescate de recetarios repartidos entre múltiples bibliotecas europeas y redactados mayoritariamente en lengua vulgar, confirma que no pocos avances de la medicina y la farmacología tienen sus principios «en los conocimientos que se han conservado anónimos en compilaciones o sumarios [y] en anotaciones en los márgenes de obras de recopilación de recetas» (p. 12).

Una breve exposición temática de los contenidos del recetario y un valioso glosario de términos que incluye técnicas, enfermedades, plantas y minerales usados en la elaboración de las recetas (pp. 41-72), actualiza la lectura de este testimonio y facilita la identificación de los ingredientes empleados en la obtención de los remedios. La editora reflexiona también sobre el destacado papel de las mujeres en todo lo concerniente a la administración de la salud familiar. Por otro lado, buena parte de los contenidos del recetario están dedicados al tratamiento de dolencias femeninas y aún hubo sitio entre los folios del manuscrito para dejar instrucciones sobre la elaboración de almohadillas olorosas y perfumes (RB II/657, f. 53v-54r). La naturaleza de estos contenidos le sirve a la doctora Muñoz Benavent para insistir en la condición de destinatarias naturales que tuvieron las mujeres tanto en la confección de las recetas como en la adquisición de recetarios. Y la correspondencia del cardenal Granvelle viene a confirmar esta observación porque son frecuentes las alusiones a su madre, Nicole de Bonvalot, en los contextos relacionados con la obtención de ingredientes de uso medicinal y el tráfico de recetas.

La aportación más valiosa del texto introductorio concierne a las indagaciones de la editora para atribuir un entorno napolitano al recetario y encuadrar su redacción, a partir de referencias nominales incluidas en el texto, entre 1569 y 1599. Usos dialectales en la denominación de plantas y alimentos, así como unidades de medida específicas del territorio dominado culturalmente por Nápoles, afianzan esta conclusión.

La copia no es obra de una sola mano, lo cual permite concluir que el recetario fue ampliándose a lo largo del tiempo con adiciones, pero también con reservas, ya que la presencia de folios en blanco con el mismo pautado para marcar la caja de escritura que los empleados en copiar recetas, permite considerar el recetario como una obra abierta en proceso de crecimiento y revisión. En el examen físico del manuscrito la editora reconoce un núcleo unitario (los primeros sesenta y cinco folios), redactado mayoritariamente en

italiano y con detalles ornamentales y dibujos coloreados que no volverán a aparecer en el resto del recetario. A este núcleo se fueron añadiendo otras entradas en español, latín y francés, además de un índice en español (f. 103v-104v) que enumera de manera incompleta las recetas del primer bloque (desde el f. 1r hasta el f. 49v). Cuatro manos, según las apreciaciones de la editora, se reparten el contenido y una de ellas pertenece al cardenal Granvelle, cuya escritura va y viene por el texto (ff. 68r-69r, 79r-83v, 102v-103r y 105r-106r). El folio inicial del recetario, sin numerar, contiene una receta copiada también por él, que además se ocupa de anotar en la cabecera la equivalencia en onzas del «rótulo», una unidad de peso específicamente napolitana.

La intervención del cardenal en la copia y en diversas anotaciones del manuscrito, unida a la mención de numerosos nombres propios como garantes o usuarios de las recetas vinculados a la ciudad de Nápoles, han facilitado a la editora el título del libro –*El recetario napolitano del cardenal Granvelle*–, y la posibilidad de ofrecer desde la cubierta la conclusión a la que llega en sus páginas: fruto de un entorno sociocultural elevado de la ciudad de Nápoles –un entorno culto que sabe citar al matemático inglés John Dee y a Paracelso–, el manuscrito, que incluye los nombres de Constanza d'Avalos, condesa de Amalfi, del conde de Pitigliano, Giovanni Francesco Orsini, o de Vittoria de Lannoy, condesa de Caserta –por citar los más vinculados con la Campania–, pudo acabar en manos del cardenal cuando fue virrey en aquel reino (1571-1575). A este elenco cabe añadir otro puñado de nombres que en diverso grado fueron servidores de la monarquía hispánica y con los que Granvelle mantuvo incluso correspondencia: Juan del Águila, protomédico de Felipe II, el regente Francisco Reverter, Enrique de Mendoza, hermano de Íñigo López de Mendoza, duque del Infantado, y la reina María de Hungría, a la que se menciona en el recetario como conocedora del «ungüento verde per dislocationi et contusioni» (f. 18v).

Con todo, el vínculo menos equívoco de este manuscrito con Granvelle se debe a la mención de su agente en Venecia, Ruggiero di Tassis, en uno de los folios copiados por el cardenal y en una entrada referida al uso del aloe: «Pilulae Tassi: Aloes electe subtiliter…» (f. 77v). La editora del recetario identifica a Tasso con el maestro de postas de Venecia y rastrea en la correspondencia del cardenal conservada en la Real Biblioteca y en la Biblioteca Nacional los numerosos envíos de aloe que Ruggiero di Tassis hizo para satisfacer demandas tanto de Granvelle como de su madre, Nicole Bonvalot.

Por lo que respecta al ingreso del recetario en la colección real, podemos añadir alguna información que amplía la breve referencia al conde de Gondomar que, partiendo del catálogo en línea de la Real Biblioteca, hace la doctora Muñoz Benavent (p. 17 y 32). Lo cierto es que el examen material de este manuscrito nos permitirá esclarecer un procedimiento de rotulación para asignar títulos en los ejemplares que podemos reconocer como una práctica común en la librería de Gondomar. De paso, añadiremos argumentos fehacientes a la acertada deducción de la editora, que juzga el título «obra de algún archivero que reconoció la pertenencia [del códice] a los compendios de recetas» (p. 14).

La correspondencia del conde de Gondomar ofrece noticias de dos bibliotecarios que organizaron su librería y redactaron un índice entre 1619 y 1623. El primero de ellos, Stephanus Eussem, era oriundo de Colonia y trabajó en «componer» –es decir, en limpiar los libros, acomodarlos en los estantes y elaborar un inventario (RB II/2134, carta 80 y

106)– entre enero y noviembre de 1619. Abordar la descripción de los manuscritos fue un trabajo más arduo al que se enfrentó después. La mayor dificultad que hubo de resolver correspondía a la identificación de las obras, porque muchas de ellas, le advierte a su señor un 27 de noviembre de 1619, «no tienen títulos en principio ni dizen de lo que tratan». Para solventar esa carencia, el bibliotecario reconoce que emplea «dos o tres horas en algunos, leyéndolos», y tras el empeño deja un breve apunte de la materia del manuscrito «en principio de cada uno dellos» para que «se pueda luego hallar lo que se busca» (RB II/2159, carta 140). La consecuencia más valiosa de esa labor de reconocimiento, que hubo de dejar su huella en las sucesivas memorias de los libros que Eussem redactó durante su proceso de inventariado a lo largo de 1619 (cfr. RB II/2159, carta 140 y RAH 9/86, f. 441v, carta 219), fue la de facilitar el trabajo definitivo de catalogación que, cuatro años después, culminaría Henry Taylor, el segundo bibliotecario del conde. Lo tituló «Índice y inventario de los libros que ay en la librería de Dn. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, en su casa de Valladolid, hecho a último de abril del año de 1623» (BNE Mss. 13593-13594).

Guiado previsiblemente por las notas y asientos de Eussem en sus memorias e inventarios –con ambos nombres y en plural aparecen mencionados en la correspondencia varias veces–, Taylor anotó en las guardas de los manuscritos más esquivos una propuesta de título que coincide con la entrada que les asignaría en el Índice de 1623. El «Libro de secretis en ital[iano]» es uno de esos casos, a los que se puede añadir el «Tratado de duello por Pedro de Horozco» (RB II/3059 (2)), otros «Secretos de medicina de don Juan Enrríquez» (RB II/3063) y, por citar un ejemplo insigne, un «Libro de cantos», que es el conocido Cancionero musical de Palacio (RB II/1335). Taylor prolongó esa labor de identificación sobre el lomo de algunas encuadernaciones en pergamino correspondientes a impresos. En tales casos, su mano, que escribe siempre en la parte superior de la lomera y en sentido horizontal, ofrece unas veces un título abreviado donde no había nada (RB 1/GND/016, 1/GND/251, 1/GND/279, 1/GND/296, etc), y en otras ocasiones destaca algún dato que otra mano, que se expresa en una escritura vertical sobre el lomo, de mayor tamaño y con grafía gótica, no había indicado, por lo común el nombre del autor del texto (cfr. RB I/C/174, I/C/226, I/C/233, I/C/245, I/D/161, etc). Por tanto, el «archivero» postulado como autor del título del recetario por la editora, es en realidad el resultado del esfuerzo de dos bibliotecarios que trabajaron sucesivamente en la Casa del Sol de Valladolid, sede de la librería de Gondomar. Uno, Stephanus Eussem, se empeñó a lo largo de 1619 en reconocer contenidos de obras manuscritas difíciles de identificar, y otro, Henry Taylor, valiéndose de esas apreciaciones previas, llegó a dejar un título sobre la primera guarda de los manuscritos que juzgó menos explícitos y alguna referencia en el lomo de obras impresas y encuadernadas sin alusiones o solo parciales al contenido, que coinciden con el asiento que dejó en el Índice de la librería de 1623, el más cercano a la muerte de su propietario, don Diego Sarmiento de Acuña.

Conocer estos datos y poder documentar la presencia del recetario napolitano en la biblioteca de Gondomar en el Índice de 1623, nos permite saber que había ingresado con anterioridad a esa fecha en su colección. Pero no fue este el único recetario manuscrito en italiano que tuvo el conde. En la misma sección de «libros de mano en italiano» del Índice de Taylor, escrito en el mismo folio, figura un «Recetario de i secreti» cuyo tamaño, un doceavo, basta para saberlo distinto. Más cercanos al actual II/657 que edita

la doctora Muñoz Benavent son otros dos manuscritos de recetas –ambos en cuarto, como el «Libro de secretos» de Granvelle–, que ya formaban parte de la librería de Gondomar hacia 1599, y cuya condición, en una precoz memoria de «los libros que yo, don Diego Sarmiento de Acuña tengo escriptos de mano» (RB II/2222, f. 118r-122r), figura así descrita:

> Libro de muchos remedios y esperiencias combinientes a la salud y para gusto y recreación, en italiano, en beçerro negro (RB II/2222, f. 121r).
>
> Recetario de muchas cossas aprobadas y esperimentadas para remedio de diberssas cossas, enquadernado en terciopelo morado. Está en lengua ytaliana (RB II/2222, f. 122r).

La diferencia de encuadernación cuenta menos que la coincidencia de tamaño. Pero es aventurado proponer que uno de estos dos libros de remedios fuera el que tituló Henry Taylor en una guarda hacia 1623, cuando aún no había perdido la encuadernación que tenía en 1599. Porque la que ahora conserva, en pasta goteada del Taller de Juego de Pelota, es la que le puso después de ingresar en la colección real en 1806. Más segura es la conclusión de que el conde de Gondomar, como el cardenal Granvelle, encarna ese ideal de hombre con inquietudes culturales propias de un espíritu ilustrado al que, en su siglo, convenían también los adornos que procuraban los conocimientos de medicina natural y el cultivo de un huerto donde se mezclaban hortalizas y plantas medicinales.

La existencia del recetario de Granvelle entre los manuscritos de Gondomar, al menos en 1623, si no antes, es solo un anticipo de lo que vendría luego, la voluminosa correspondencia del cardenal que, a tenor de lo que muestran los sucesivos inventarios de la librería (especialmente el dedicado a los legajos y papeles de la sala IV de la Casa del Sol, BNE Ms. 19523), no debió de ingresar hasta después de la muerte del embajador, ya en tiempos de su hijo don Antonio. El rastro del recetario italiano entre los libros del conde sí es posible seguirlo con seguridad en los casi dos siglos que transcurrieron desde 1623 hasta el desembarco de su biblioteca en la colección real, el año de 1806. Y no deja de ser una coincidencia extraordinaria en librería tan voluminosa como fue la de don Diego Sarmiento, que un volumen en cuarto de cartas en latín del cardenal Granvelle, escritas cuando era estudiante en Padua, compartiese el mismo estante y cajón contiguo con el «libro de secretos en italiano», según puede comprobarse en los catálogos de su librería fechados en 1769 (RB II/2618, f. 427r) y en 1775 (II/2619, f. 11r).

La edición de este «Libro de secretos», que pasó por las manos del cardenal Granvelle y del conde de Gondomar antes de ingresar en la Real Biblioteca, es un paso más en la obtención de un *corpus* de obras a menudo postergadas y aún necesitado de testimonios que nos permitan apreciar cada vez con más exactitud el sentido que se les dio en el pasado. Ediciones como la presente suponen una fuente de información valiosísima para obtener un panorama preciso de las enfermedades más comunes en un tiempo, la naturaleza de los remedios que se empleaban para atajarlas, la circulación y el cultivo de los componentes naturales empleados en las sanaciones y el conocimiento de los ámbitos de intercambio que rodeaban la transmisión de las recetas.